

Semblanzas de San Juan de la Palma

N. H. D. ANTONIO MILLÁN FERNÁNDEZ

(Sevilla, 30 de octubre de 1929 -
Sevilla, 17 de marzo de 2022)

J. ENRIQUE MILLÁN CANSINO

Aunque nacido en el barrio de la Alfalfa, desde muy pequeño residió en la calle Gallos, donde surgió, apenas siendo un crío, su devoción por la Santísima Virgen de la Amargura y su amor por San Juan de la Palma.

Y es que, a pesar de la cercanía de otras hermandades, sus juegos infantiles en la Plaza de San Román, marcados por una dura posguerra, se fueron transformando en paseos, calle Peñuelas abajo,

hasta visitar en San Juan de la Palma a la que sería ya para siempre su Madre.

Ella lo había cautivado desde niño y, a los 19 años, cuando su trabajo le permitió pagar la cuota, comenzó su andadura como hermano que prolongó fielmente hasta su fallecimiento. En aquellos primeros años de hermano, Antonio sufrió una grave enfermedad que se prolongó durante meses hasta alcanzar el Domingo de Ramos. Entre lágrimas, recordaba cómo consiguió a duras penas ponerse su túnica, realizar la Estación de Penitencia y, a la postre, con la ayuda de los médicos y el sostén de la Virgen, superar tan grave trance.

Esa fe y devoción por la Virgen de la Amargura, compartida por la de los Reyes, le ayudaron siempre a superar dificultades en la vida, de la mano y con el apoyo de



su gran y único amor, su esposa Asunción, con la que compartió más de 70 años de vida entre noviazgo y matrimonio, fruto del cual nacieron sus dos hijos, Antonio y José Enrique, hermanos desde su nacimiento.

Antonio cursó sus estudios en el Colegio La Salle de la calle San Luis. Allí, desde muy pequeño, disfrutaba especialmente de cuantos cultos se tributaban al Santísimo Sacramento. Por ello, fue adorador nocturno y marcaba especialmente en el calendario la Procesión Claustral del sábado de Septenario como uno de los momentos más emotivos del año.

Padre, abuelo y bisabuelo de hermanos de San Juan de la Palma, sus Domingos de Ramos de nazareno, su asidua asistencia a los cultos, su paso por Junta de Gobierno, su labor en la bolsa asistencial, compusieron poco a poco un arraigado espíritu amargurista que transmitió a sus hijos, junto a la fe y los valores cristianos que siempre presidieron su vida.





En el aspecto profesional, Antonio fue miembro de la primera promoción de “ATS” (hoy enfermeros) de Sevilla. Su vocación sanitaria era, sin duda, una parte indisoluble de su vida cristiana, ayudando desinteresadamente a cuantas personas se lo pedían y conocido en su querido barrio de Pío XII como “Antoñito el practicante”.

Testigo de excepción de la Coronación Canónica de la Santísima Virgen de la Amargura, siempre recordaba con una gran sonrisa aquel 21 de noviembre de 1954,

para él el día más grande de la historia de la Hermandad.

Toda una vida dedicada a su familia y más de 70 años de fidelidad a la Hermandad contemplan a Antonio que fue, ante todo, un buen cristiano y una buena persona, ejemplo para las 3 generaciones que ya le han sucedido e imitado en su amor por San Juan de la Palma y nuestros Sagrados Titulares.

Sus hijos, Antonio y José Enrique, sus nueras M^a Dolores y M^a del Valle, sus nietos Nerea, Sergio y Adrián, y su bisnieto David. //



N. H. D. EUSEBIO PÉREZ JIMENO

(Sevilla, 14 de abril de 1944 –
Sevilla, 28 de mayo de 2022)

ANTONIO A. FERNÁNDEZ PÉREZ

*El Señor de la sonrisa;
nuestro hermano Eusebio*

Las hermandades de Sevilla vertebran la sociedad, articulan la vida de todos los que las sienten y conforman y, pese a que cuentan con un extenso y basto patrimonio fruto de siglos y siglos de compromiso, se quedarían absolutamente vacías sin las personas puntales, esas personas que están siempre ahí y sobre las que se cimentan. Las hermandades son como son por ese tipo de personas, pero, a su vez, esa clase de personas son así, consecuencia de las propias hermandades, existiendo una simbiosis digna de ser estudiada por la antropología. Eusebio Pérez Jimeno nos dejó el pasado mes de mayo después de toda una



vida de entrega a la Hermandad de San Juan de la Palma. Y puede decirse toda una vida porque, desde el principio de la suya, todos y cada uno de los días fue amargurista; su padre lo inscribió el mismo día en que nació.

El 14 de abril de 1944 nació en Sevilla un niño al que su padre, secretario por aquel entonces de nuestra hermandad, lo hizo hermano, y no solo a él, sino también a su madre. Sin partida de bautismo y sin distinción de sexo, madre e hijo fueron hermanos de la Amargura desde ese 14 de abril. Hoy podemos decir que Eusebio ha dedicado y servido los 78 años de su vida a la cofradía de San Juan de la Palma. Y en la



hoja de servicios de esta familia a la casa de Feria número 2 encontramos además de sus padres, entre otros, a su hermano Paco, nazareno que abrazó muchos años la Cruz de Guía cada Domingo de Ramos, a su hermana Loli, que sigue siendo camarera de la Santísima Virgen, o a su hermana Esperanza, que no falta a un culto. Y no podemos hablar de Eusebio sin mencionar a Carmen, su mujer y su gran apoyo, que sin nacer en una familia amargurista vino a serlo por Eusebio, quien, tras muchos años de entrega y trabajo discreto para la Hermandad, tuvo el privilegio de ser la primera prioste de la Amargura, rompiendo con ello ese techo de cristal.

Con un farol en las sabatinas, con ofrendas en la Función Principal o con la medalla de los 75 de años de compromiso y permanencia ininterrumpida, la Amargura no es que estuviera muy presente en la vida de Eusebio, es que su vida no se entendía sin ella. Un hermano, no demasia-





do antiguo, habla de Eusebio y dibuja una de las claves: “yo no lo traté mucho, pero desde que llegué siempre me miró y me habló con una sonrisa, pese a que no me conocía”. Quizá fue esa una de las claves de su personalidad, el trato que dispensaba a todos los que se acercaban a él y la sonrisa que siempre era su carta de presentación.

Fue miembro en dos ocasiones de la Junta de Gobierno. Queda como testimonio gráfico de aquélla la imagen de Eusebio exultante en la procesión de regreso de la Catedral aquel 21 de noviembre de 2004, siendo entonces Consiliario Primero. Fueron siete los Domingos de Ramos que ocupó ese cargo y, de ellos, en seis eligió portar la vara en la presidencia del paso del Señor. Y es que en la estéril disquisición de si alguien es del Señor o de la Virgen, Eusebio siempre fue del Señor

con las manos atadas. Sólo un año salió en la Virgen, y fue siguiendo el consejo de Fernando Peinado, por entonces Hermano Mayor, de que no se retirara de la Junta sin acompañar a la Madre del Señor al menos en una ocasión. Fernando lo recuerda como un hombre afable, que destacaba por su carácter positivo y con el que era muy fácil hablar. Destaca su sonrisa, y como siempre reflexionaba en positivo, mirando por el bien de la Hermandad de su vida.

En los últimos años colaboró en la restauración de varios cuadros de la iglesia, así como en el mantenimiento del dosel de cultos. Su profesión de carpintero se lo puso más fácil para desarrollar esos menesteres, y si era necesario para cualquier tarea relacionada, ahí estaba él. Hasta que le permitieron sus fuerzas se vistió de nazareno en casa de sus her-

manas, siendo la maniqueta del Señor su último y privilegiado lugar en la cofradía. El último año que sacó la papeleta de sitio no pudo salir, ¿por qué la sacó entonces? Le habían podido más las ganas que las fuerzas. Eso sí, ahí estaba, en el corralito, hasta el último Domingo de Ramos que pudo vivir en condiciones, el de 2019. La pandemia y la enfermedad le han quitado los tres últimos.

Descansa, como no podía ser de otra manera, bajo las plantas de su madre de la Amargura, que también es madre de su Señor del Silencio, en ese lugar donde cada 21 de noviembre se dan los besos con tanto amor y donde cada madrugada de Domingo de Ramos se estremece hasta el suelo cuando se posan los zancos después de un día de tanta gloria. No podía ser en otro sitio. //